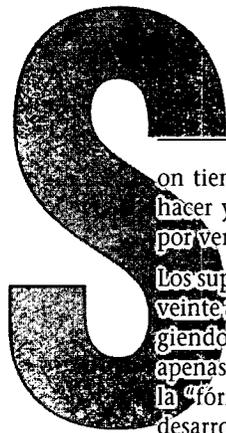


Editorial

"Ustedes saben que los gobernantes de las naciones se portan como dueños de ellas, y los que son poderosos las oprimen. Entre ustedes no será así; al contrario, el que aspire ser más que los demás, se hará servidor de ustedes. Y el que quiera ser el primero, debe hacerse esclavo de los demás. A imitación del Hijo del Hombre, que no vino para que lo sirvieran, sino para servir y dar su vida como rescate de muchos".

Mateo 20, 25-28.



Arrogancia

En tiempos de volver a pensar. De rehacer y recrear lo que hemos tomado por verdades absolutas.

Los supuestos consensos de los últimos veinte años -ajuste y reajuste- están exigiendo revisión y reinención. Hace apenas cuatro años se pregonaba como la "fórmula mágica" el bienestar y el desarrollo de los "tigres y tigrillos asiáticos" y la globalización de mercados como la nueva era de la prosperidad. El despertar ha dejado poco espacio para la arrogancia. A la creciente pobreza de nuestros pueblos tenemos que añadir la profundidad de las desigualdades económicas y sociales, aún dentro de los países ricos. Tal vez, la ampliación de los espacios participativos y de información han hecho más evidentes las brechas de desigualdad. Tal vez la frustración, por ser inalcanzables las expectativas creadas con la revolución tecnológica y económica, en cuanto a la igualdad de oportunidades, es más visible. El resultado es que nos estamos empobreciendo muchos y se están enriqueciendo pocos. Es evidente, hay que revisar, repensar y rehacer el camino.

Irónicamente, el mercado global basado en la competitividad está creando nuevas divisiones entre los trabajadores calificados y no calificados, pero ése no sería el único problema. El mercado da al capital el control sobre la mano de obra y presiona cada vez más por eliminar las redes de protección social, supuestamente para ser más competitivos.

El 9% de analfabetismo en Venezuela, indudablemente representa un logro sustancial de la democracia; sin embargo, más de la mitad de nuestra mano de obra no ha terminado la educación básica, y hay una proporción de trabajadores adultos analfabetos igual a la de técnicos universitarios (5.5%). El gasto público en educación es de 5%, mientras que Canadá invierte el 14% en gastos educativos.

Si la economía global está orientada a generar servicios, entonces la educación, el desarrollo de destrezas y comprensión de procesos de aprendizaje son los bienes insustituibles. Si no hay un esfuerzo y capacidad de inversión continua, los pobres seguirán siendo pobres, sin opción de educarse, perpetuándose y profundizándose las desigualdades.

El consenso y el esfuerzo no puede cimentarse químicamente en las inversiones extranjeras, éstas son las primeras que exigen una mano de obra calificada y capacidad de innovación.

Entre el autoritarismo y la libertad

La contienda electoral con su carencia de mensajes y propuestas, tal vez por ello mismo, nos ha puesto a pensar. La gran mayoría ha expresado la necesidad de un cambio y la reconstrucción del rumbo. Para algunos hay que destruir todo para refundar el país, para otros, hay que rehacer y reconstruir las reglas del quehacer político. En ambos casos, lo que se respira es el rompimiento de vínculos y la pérdida de confianza no sólo en el ámbito interpersonal y colectivo nacional, sino en nuestra capacidad de insertarnos en una realidad global que tiene también serias contradicciones.

El autoritarismo apela al orden como mecanismo de cohesión social. Su atractivo mayor es que delegamos como ciudadanos nuestra libertad y sobretodo nuestra responsabilidad. Otros piensan por nosotros y nos imponen lo que tenemos que hacer. La organización perfecta de las abejas, se sustenta en que las abejas obreras nunca dejan de ser obreras. La libertad tiene el atractivo de desarrollar nuestra individualidad,

y Servicio

nuestra identidad, el "ser personas" al tremendo costo de tener que asumir las consecuencias de su ejercicio.

Como venezolanos hemos dado signos de inconformismo pero también respuestas contundentes. No puede negarse que muchos están haciendo lo que pueden por sobrevivir y "resolver". Pero sienten que alguien les tiene que garantizar su seguridad personal entre el trabajo y su casa, por decir algo.

El problema fundamental es recuperar el "autoritas". No renunciar ni admitir que nos renunciemos como "ciudadanos". Tenemos que admitir que no estamos ante una crisis independentista. Estamos en una crisis de crecimiento. Como en todo cambio vital, no queremos despegarnos o salir de lo que nos ha protegido sin mucho esfuerzo, pero intuimos y sabemos que es mucho lo que perderemos y dejaremos de ser, si no entramos en la responsabilidad de crear las condiciones para recuperar nuestra capacidad de ingresos y generar riqueza, de romper las ataduras clientelares o clanísticas para reconstruir instituciones de servicio eficiente y concreto, para entender que la inversión económica-social de calidad en la población excluida de los servicios básicos es un problema que no puede diferirse porque ello hace imposible el crecimiento como país. Y esto implica que tenemos que aceptar el reto de crecer como personas: el "autoritas" de asumirnos como actores activos del cambio y exigir responsabilidades como ciudadanos.

El crecimiento siempre es doloroso

Las exigencias de competitividad y productividad que exige tanto las nuevas opciones de desarrollo como nuestras expectativas, pasan por reconocer nues-

tras capacidades y destrezas. Esas destrezas hay que estimularlas y desarrollarlas, lo cual exige condiciones biológicas, sociales, económicas y políticas. La productividad es el resultado de esos complejos procesos de adecuación entre potencialidades y oportunidades. Y el vínculo dinámico de estos procesos es la responsabilidad, que no se puede delegar en nadie. Es la responsabilidad como país de asumir nuestras contradicciones y paradojas con realismo, sin fórmulas mágicas, en un marco de solidaridad. Generar los consensos para paulatinamente madurar, diferir las ganancias inmediatas, que la mayoría de las veces en nuestro mundo cambiante son alegrías de físico, con una visión de esfuerzo sostenido por reconocer diferencias y encontrar el horizonte del bien común. Admitir que "yo existo" en relación con el "otro", es dejar atrás la infancia para entrar en la adultez.

Necesitamos un Estado fuerte

La desigualdad creciente ha demostrado con creces las limitaciones del mercado. El Estado tiene que ser fuerte, eficaz, eficiente y responsable. Como tal tiene no sólo que evitar la creación de ventajas y beneficios injustos a favor de los que por sí solos tienen todas las oportunidades, sino crear y garantizar las oportunidades para aquellos que las fuerzas del mercado rechazan y excluyen naturalmente. Esto es, no sólo diseñar políticas públicas, sino recrear las instituciones, generar los recursos tanto humanos como financieros, insertarse en los patrones culturales, informar al ciudadano, para que sean ejecutables. Sólo del logro de resultados eficientes y eficaces en función del colectivo se puede fortalecer la credibilidad de un Estado ductor, servidor y democrático.

Pero también, tenemos que recrear los partidos políticos. ¿De qué sirve que desaparezcan los actuales, si los sustitutos son iguales?. Tanto los tradicionales, como las nuevas opciones se conforman por cúpulas y dogmas absolutos frente a la colectividad. Proponen, pero no escuchan. Descalifican, pero no convocan.

La modernización de los partidos políticos pasa por recuperar y recrear la capacidad de servicio. Recuperar la capacidad de convocar y formular propuestas, discutirlos y confrontarlos. Generar alternativas y no sólo apagar incendios. Si las nuevas generaciones se desentienden del quehacer partidista, es precisamente por la escasez de discusión, motivación y espacios de relevo para una generación que tiene mayores opciones y menos conformismo. Es la necesidad de superar la ambición de poder personal, del grupo cerrado, por el disfrute de experimentar y hasta equivocarnos construyendo nuestro presente y futuro.

"El que te hizo sin ti, no te salvará sin ti" No tiene sentido seguirmos descalificando, considerando que nuestra gente no tiene ni voluntad, ni capacidad para generar riqueza, que nuestros servicios no cambiarán, que la corrupción nos es congénita, que la viveza se impone sobre la institucionalidad, que sólo con inversiones extranjeras podremos generar empleo, que nuestras élites no tienen capacidad de compromiso. Como dice San Agustín, es con nuestra gente que tenemos que cambiar, es con nuestras desigualdades que tenemos que recrear, es con nuestros recursos que tenemos que consolidar las oportunidades del conocimiento, es con nuestras élites que tenemos que asumir los consensos de dibujar y consolidar el país.

Ello requiere un consenso fundamental: el compromiso de servir a los demás, el resto puede que sea por añadidura.